

Dolor sereno de Madre, dolor que aflige, conmueve y que Granada desea que acabe. Todos los detalles asombran. Granada busca el broche de la salamandra en el manto de la Madre Comendadora. Curiosidad, devoción y sueño.

Granada sueña con su Getsemaní y la cofradía sueña con el sábado de pasión en el que Adrián, el prioste, busca el árbol que la tierra crea para evocar el evangelio en un lunes sagrado por las calles del Realejo.

Citar el Monasterio de la Madre de Dios de las Comendadoras de Santiago, de la calle Santiago, es recordar a una amiga: Maribel Morcillo, artesana del hilo y del bordado, sobrina de la genial Trinidad; es recordar una tarde esperando a la hermandad con Maribel y hablando de su tía que guardó estrecha vinculación comendadora. Y por supuesto hablando de su padre, el colosal retratista Gabriel Morcillo que dejó un motivo pictórico cofrade en el estandarte de la hermandad del Vía Crucis. Me voy con la memoria hasta el taller del pintor subiendo por Plegadero Alto, al Carmen de los Favores. Allí pasó su vida y parte de su obra el pintor que afirmó, según recopila José Medina Villalba, “no le concedo ningún valor a la obra creada, pero sí un valor infinito al acto creador”. Siempre es “empezar, empezar, siempre empezar. Acabar es un triste fracaso”.

Del jardín romántico del Carmen de los Favores salí al encuentro por primera vez de la hermandad homónima en una tarde de Viernes Santo, junto a mi padre, viernes de campanas solemnes en San Cecilio. Viernes de azul primavera, de nieve de nube de sierra asomada al balcón de Granada. De pintoresquismo granadino: de castillo rojo, de carmen blanco, de cipreses disparados al cielo y destacado, en medio de tan fascinante lienzo, la portada de Juan de Marquina, ¡qué estampa más granadina! La Semana Santa tiene el poder de “empezar, empezar y siempre empezar” lo ya dicho, visto y vivido. Por mucho que se repita el paisaje, la escena, el lienzo, la vida se apodera del tiempo lento y la nostalgia comienza a caminar.

La nostalgia se adueña de todo recordando a Pilar y Antonio asomados a su balcón de la casa morisca. Balcones de Semana Santa. Nombres de Semana Santa. Sor Griselda y su rosario para María Santísima de la Misericordia Coronada. Por desgracia el virus nos arrebató a la hermana dominica, la monja cofrade, si bien nunca podrá llevarse su obra y su estela de generosidad. Nombres cofrades como Antonio Sánchez Osuna o Pepe Barrales, esencia e impulso de la hermandad. Estampa granadina: portada de Juan de Marquina, la banda de la Pasión de Linares y la Cuesta de San Cecilio hecha un mar de sol naranja y terciopelo burdeos.

Ya asoman los candelabros de guardabrisas expresando con su temblor el miedo al ver al Señor, recién expirado, con el rostro sobre el pecho y con la sangre desbordando. Santísimo Cristo de los Favores.

De la mística y la poesía a la tarde radiantemente humana. Un chavea, sin quitar sus ojos del Señor de la Cruz arbórea, le pregunta a su madre: “¿le duele?”. Y la madre, con ternura, le responde “me duele a mí porque a Él le duele”. Madres. Las madres. Sabe que su hijo acaba de morir, sus labios entreabiertos buscan tal vez los besos perdidos, el “te quiero” a tiempo no dicho; los abrazos que nos debemos, el cariño extraviado (...). “Madre de la Misericordia, te pedimos por los ausentes, a TI que como nadie sabes el significado de perder”.

Tras el eco de cornetas y tambores la plaza pierde su vista. ¡Qué enorme tristeza! El Realejo espera en un duermevela de siglos hasta que por fin regresa. Para los hermanos de Los Favores volver al Campo del Príncipe es regresar a Tierra Santa. El vecino Manuel de Falla bajaba desde la Antequeruela a San Cecilio para escuchar misa y la vecina Conchita Barrecheguren dejó dicho: “*Mi amor será un Dios crucificado. Mi arma la Oración. Mi fortaleza la Eucaristía. Mi recreo Jesús niño*”. Niños del campo del príncipe”. Nocturno de infinitos matices: castillo rojo, carmen blanco junto a la portada de Juan de Marquina. ¡Qué estampa tan granadina!

La Semana Santa invita a la reflexión, a la contemplación, a la abstracción de los sentidos cautivados desde el momento de la espera. La Semana Santa nos permite disfrutar con la mirada arriba de Granada. De cada enclave, de cada calle, de la sonrisa del niño facundillo el domingo de Pascua. El maestro Juan Bustos, cronista oficial de Granada, siempre me decía “niño, levanta la cabeza cuando vayas por Granada, no pierdas detalle; repara en cada cornisa, en cada dintel (...), mira por encima de escaparates y soportales porque te sorprenderás con la ciudad antigua y romántica”. La Semana Santa nos invita a la reflexión en medio del ruido. Pero incluso más allá del enclave de Granada la reflexión íntima de cada uno puede llevarnos a la honda expresividad de las imágenes pasionistas, de su significado, de su evocación. Granada es un Evangelio abierto atendiendo al Señor de la Humildad. Describe San Marcos:

*“Lo vistieron de púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron. ¡Salve rey de los judíos! Y le golpeaban en la cabeza con una caña. Le escupían y, doblando las rodillas, se postraban ante él.”*